ESTOS DEDOS DESNUDOS

EL pie que estampa su frecuencia sabe
que los caminos todos se pronuncian
hacia el ciprés, imán de vegetales
dulcedumbres. El camposanto toca
cada día y alcorza la distancia
del polvo al polvo. En la sombra habita
como un espectro el tiempo, con su álbum
de fechas y medidas.
Cómo, aleve,
se entra la angustia al cauce y se reparte
pródigamente, antes que la muerte
cumpla su rito; cómo avanza el rojo
fragor sobre la piel del alma mientras
encadenada al cuerpo no se ausenta
del tributo obligado a los vasallos
de césares y enigmas. La pedrada
de cada aurora acusa el corazón
peldaño tras peldaño y con fatiga
de peregrino asciende, atravesando
un cultivo de sables.
Y presagian
las arenas un cacto y una ardida
promesa de desierto vasto y bíblico.

¿Cuándo vendrá el maná de las turbinas
anudando las aguas a engranajes

milagrosos? ¿Y cuándo harán las manos
acopio por las ramas del destino?

Estos desnudos dedos que se inclinan
exhaustos por lo puro, casi tenues
de prolongado ayuno, no reclaman
como ornamento los brillantes, piden
un anillo injertado de esperanza.



CRISTINA LACASA